

erarios; pero los inscribieron en las cuatro tribus urbanas, donde á pesar de su número no tenían más que cuatro votos de treinta y uno.

Esta medida valió á Fabio la gratitud de los patricios, y por ella el sobrenombre de *Máximo*, que no le habían dado sus victorias, y las tribus urbanas fueron por ello como envilecidas: vino á ser un castigo ser inscrito en ellas por los censores. Apio había obrado cuerdate suprimiendo la degradación civil de una clase numerosa, como también Fabio obraba con no menor cordura tomando precauciones para que la *nueva capa social* no sofocara á la antigua.

A fin de aumentar el brillo exterior de la nobleza, los mismos censores instituyeron la revista anual de los caballeros. El 15 de julio, partían estos á caballo, del templo de Marte al Capitolio, vestidos de blanca túnica con franjas de púrpura, una corona de olivo ceñida á la frente y llevando las recompensas militares concedidas á su valor.

De esta manera, todos los años pasaba esta brillante juventud, altiva y gloriosa, á vista del pueblo, imponiendo respeto y temor. Era la fiesta de la nobleza romana.

Con la narración de las complicadas guerras de este pe-

riódico no hemos querido distraer la atención del desarrollo de la constitución romana desde el tribuno Licinio hasta el dictador Hortensio (367-286) (1). Ahora que conocemos aquella sociedad tan hábilmente mezclada de aristocracia, por el senado que ha retenido el gobierno diario de la república, y de democracia, por el pueblo que puede en todo negocio grave decir la última palabra; ahora que hemos visto formarse de tantos y tan diversos elementos aquella ciudad, donde la nobleza de antiguo y noble origen es tan devota de la grandeza del Estado, donde los pequeños propietarios llenan las legiones y el Foro, conquistan provincias con su disciplina y defienden la libertad con su prudencia; ahora podemos volver á la laboriosa historia de la lucha casi secular de los italianos contra Roma.

(1) Se cuentan en el siglo v cerca de 200 patricios que habían ejercido cargos públicos; en el iv una mitad menos, y más de 40 plebeyos llegan á las magistraturas. En 295, los primeros tienen aún mayoría en el senado (Tito Livio, X, 24); pero su número va disminuyendo, mientras el de los plebeyos aumenta sin cesar desde la ley Ovinia. En 179, de 304 senadores cuenta M. Willems 88 patricios y 216 plebeyos. Estos números son la demostración de lo que hemos dicho en anteriores capítulos.

TERCER PERIODO

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ITALIANA

Ó CONQUISTA DE ITALIA (343-265)

CAPITULO XIV

GUERRAS CON LOS SAMNITAS Y LOS LATINOS (343-312)

I. — PRIMERA GUERRA SAMNITA. — ADQUISICIÓN DE CAPUA (343-341).

Desde que las leyes Licinias restablecieron la concordia en la ciudad, comenzó á desplegar Roma en el exterior una poderosa energía. En el espacio de veintitres años se libertó de los galos por más de medio siglo; las únicas ciudades etruscas que se atrevieron á atacarla, hubieron de recibir sangrientas pruebas de su flaqueza para tan temerario empeño, y toda la llanura del Lacio estaba ocupada por ciudadanos romanos ó por aliados. Si en la montaña quedaban algunas ciudades volscas ó latinas independientes y secretamente enemigas, el senado las tenía envueltas por las guarniciones establecidas en Terracina, junto al mar, y en Sora, en el valle del Liris. En el interior, los patricios habían fracasado en sus tentativas contra-revolucionarias, y las leyes de Genucio y de Publilio iban á acabar la revolución plebeya.

Con todo eso, nada anunciaba, á no ser la fuerte organización de este pequeño pueblo, que su fortuna saldría de tan estrechos límites. Los combates con los samnitas decidieron el porvenir de Roma. Hasta entonces, desde el tiempo de los reyes, se había defendido difícilmente: la nueva lucha, en que va á comprometer su existencia y á cuyo término encontrará la dominación de Italia, necesariamente la hará conquistadora. El combate del monte Gauro será la primera batalla de una guerra que no acabará sino en las cimas del Atlas y á orillas del Rin, del Danubio y del Eufrates.

Sabemos ya cómo era el país de los samnitas: nevadas cumbres, valles abruptos donde la vida era ruda, las costumbres belicosas y la necesidad de recorrer al pillaje las llanuras subapeninas siempre creciente y premiosa. Eran dados á la guerra y para triunfar en ella tenían una organización apenas inferior á la de los romanos. Pero dispersos en las montañas ni tenían una gran ciudad que les sirviera de castillo, ni organización política que ligara con estrechos vínculos á todos los habitantes del territorio. Sólo una liga temporal unía á veces sus fuerzas, y para una empresa determinada elegían un caudillo que condujera sus guerreros; pero un poder ejecutivo como el de los cónsules, un consejo permanente como el senado, una asamblea soberana como los comicios de Roma, es decir una de las más vigorosas

constituciones políticas que la antigüedad haya tenido, esto no lo conocían los samnitas.

Mientras Roma avanzaba en el Lacio, la Etruria meridional y la Sabina, asegurando cada uno de sus pasos con la ocupación de todas las posiciones estratégicas y dejando lo menos posible al azar, los samnitas corrían aventuras. Un día conquistaban la Campania; otro día la Magna Grecia; pero sin que lazo ninguno ligara á la madre patria los nuevos establecimientos, por lo cual muy luego olvidaban sus colonias el pueblo de que habían salido: de suerte que si las tropas samnitas hacían ricas presas y tomaban posesión de tierras fértiles, ni se agrandaba el Estado ni se fortalecía. En rigor ni existía siquiera.

Y sin embargo, aquellos turbulentos montañeses tenían grande ambición. Cuando vieron á los romanos establecidos en Sora, quisieron tomar posición entre la Campania y el Lacio apoderándose del país de los sidicinos. La capital de este pueblo, Teano, estaba asentada sobre un grupo de montañas encerrado por el Liris y el curso semicircular del Volturno, y desde lo alto de sus muros se descubría á Capua allende el Volturno y á Minturna en las bocas del Liris. Estas dos plazas y el camino entre el Lacio y la Campania habrían estado á discreción de los samnitas, si hubieran hecho la conquista del país de los sidicinos.

Los capuanos prometieron socorrer á Teano; pero enervadas sus tropas, no pudieron resistir el empuje de los ágiles y rudos montañeses y fueron dos veces batidas y rechazadas sobre Capua, que los samnitas, acampados en el monte Tifata, á una milla de sus muros, tenían como sitiada. En este extremo los campanienses enviaron á Roma una embajada (343). Once años antes, un odio común contra los volscos y el temor de las correrías galas habían acercado á romanos y samnitas, entre los cuales hubo de firmarse un tratado; y este fué el pretexto de que se sirvió el senado para desestimar las primeras proposiciones de los de Capua y hacerles comprar sus auxilios á alto precio.

«Y bien, dijeron los enviados, ¿os negaréis á defender lo que os pertenece? Capua se entrega á Roma con sus tierras, sus templos, todas las cosas sagradas y profanas.»

El senado aceptó; pero cuando sus enviados fueron á notificar á los generales samnitas que no podían ya atacar una ciudad que había venido á ser propiedad romana, estos contestaron dando orden de asolar las tierras de Campania

y entoncos comenzó una guerra de setenta y ocho años. Para romper un tratado tan recientemente hecho con los samnitas, se invocó sin duda la razón de Estado. No convenía á los fatigados pueblos de los volscos y auruncos, de los sidicinos y campanienses dejarse sustituir á las puertas del Lacio por un pueblo bravo y emprendedor; si no se cerraba aquel torrente en sus montañas, ningún dique podría luego detenerlo. Los latinos lo creyeron, y así, para ellos la guerra fué nacional y en ella se portaron con más ardor del que Roma hubiera deseado. Tres ejércitos se pusieron luego en pie de guerra: uno, al mando de Valerio Corvo, marchó á libertar á Capua; otro bajo la conducta de Cornelio, penetró en el Samnio, mientras los aliados latinos pasaban el Apenino para atacar á los samnitas por la espalda, por el país de los pelignios.

Los historiadores de Roma no han conservado nada, por supuesto, de las operaciones del ejército latino; en cuanto á las legiones romanas, al contrario, abundan los pormenores. No nos quejemos de ello, porque nos ofrecen ejemplos de abnegación que siempre es bueno meditar, y nos muestran al romano en aquella vida de los campamentos, donde encontró el secreto de vencer al mundo entero. Penetrando Cornelio por entre abruptas montañas, hubo de dejarse encerrar en una estrecha garganta, y cuando lo echó de ver era demasiado tarde para abrirse paso. Un tribuno legionario, Decio Mus, se acerca entonces al cónsul y le indica una colina, que dominaba el campamento enemigo y que los samnitas no se cuidaron de ocupar.

«¿Ves aquella roca? le dice. Será nuestra salvación si logramos apoderarnos de ella sin demora. Dame los príncipes y los hastarios de una sola legión, y cuando con ellos haya trepado á la cima, parte sin ningún temor: el enemigo no se atreverá á seguirte en viéndonos sobre su cabeza. En cuanto á nosotros, la fortuna del pueblo romano ó nuestro valor nos sacará del peligro.»

El cónsul acepta el medio. Decio parte cautelosamente, se desliza á través de los matorrales y hasta el momento de llegar á la cumbre de la colina con su gente no lo notan los samnitas. El peligro era ahora para ellos. Mientras convierten sus ojos y toda su atención á este punto y vuelven sus banderas y armas contra Decio, el cónsul puede salir del mal paso. El enemigo quiere vengarse á lo menos en los que fueron causa del malogro, pero pierden mucho tiempo en formar un plan de ataque y en cercar de soldados la colina.

Entre tanto, oculto Decio bajo el sayo de un legionario aprovechaba la última claridad del día para acercarse á los centinelas enemigos y reconocer la disposición del campamento. Cerrada la noche, llama á los centuriones, les manda reunir sus soldados con el mayor silencio tan luego como la trompeta anuncie la segunda vigilia, y llegado el momento se pone al frente de ellos. Habían ya atravesado la mitad del campamento enemigo cuando tropezando un romano en un samnita dormido, chocó contra su escudo.

Al ruido despiértase el samnita y llama á sus camaradas. Decio manda entonces á los suyos vociferar en son de ataque y atacar de hecho á cuantos se pongan delante. Ignorando los samnitas si eran las legiones las que acometían, no saben qué hacer; y la incertidumbre y la oscuridad y los gritos de los romanos y los lamentos de los heridos aumentan el espanto y confusión, á cuyo favor puede Decio sacar su gente incólume y volver sano y salvo al ejército consular.

Pero, aunque tan feliz, no le bastó este éxito, y todavía aconseja al cónsul aprovechar el desconcierto del enemigo, y atacados los samnitas, antes de haber vuelto de su sor-

presa, pocos quedan á vida, pasados al filo de la espada por los romanos.

El día siguiente hizo el cónsul mención honorífica del tribuno Decio en presencia de todo el ejército; y sobre los presentes militares de uso, le dió una corona de oro, cien bueyes y un toro blanco con los cuernos dorados; y á cada uno de sus soldados un buey, dos túnicas y doble ración de trigo de por vida.

Después del cónsul, las legiones libradas por Decio de la muerte ó de la vergüenza, el mismo destacamento que llevó á empeño tan arriesgado, trayéndolo sano y salvo, quisieron también recompensar á su valiente salvador, y entre aclamaciones generales, le ciñeron á la frente la corona obsidional. Sólo de musgo y hierbas silvestres estaba tejida, pero era el mayor honor militar que un ciudadano pudiera obtener y sólo el ejército tenía el derecho y facultad de concederlo.

Adornado con estas insignias, inmoló Decio ante un rústico altar de Marte, el toro de cuernos dorados, é hizo presente de los cien bueyes á los príncipes y hastarios que lo habían acompañado. A cada uno de estos mismos soldados dieron los demás legionarios una libra de harina y una ración de vino. ¿De qué no serían capaces aquellos hombres, á quienes la gratitud era tan fácil como la abnegación? Compréndese que el recuerdo de esta gloriosa jornada se cerniera sobre la vida entera de Decio y le inspirara la idea del sacrificio que la coronara.

Todo el honor de la campaña fué para el otro cónsul, Valerio Corvo, que era con Manlio, á quien muy luego encontraremos, el héroe de las guerras galas. Amado del pueblo, como todos los de su casa, llevaba al campamento y bajo la clámide consular, maneras populares; afable con los soldados, compartiendo sus privaciones y fatigas y dando á todos ejemplos de valor. Seis veces obtuvo la edilidad curul, otras tantas la pretura y el consulado, dos veces la dictadura y el triunfo. Había visto morir á Camilo, y temblar á los romanos ante algunas hordas de galos; vió acabar la guerra samnita que dió la Italia á Roma, y casi comenzar las guerras Púnicas, que le entregaron el imperio del mundo, y durante el curso de esta vida secular, ni un día faltó á la república en la acción ó en el consejo.

En 343 ejercía su tercer consulado. Encargado de expulsar de la Campania á los samnitas, fué á buscarlos al pie del monte Gauro, y supo inspirar á sus tropas tal ardor que, después del combate, confesaban los prisioneros, dice Tito Livio, que habían creído que los ojos de todos los legionarios eran vivas llamas ardiendo bajo los cascos.

Toda Capua salió á recibir al vencedor, y en Roma lo esperaba el triunfo merecido por una segunda victoria alcanzada cerca de Suesula. Estos gloriosos hechos resonaron á lo lejos, en cuya virtud los faliscos solicitaron cambiar la tregua en alianza, y los cartagineses, amigos de aquel poder que se levantaba entre sus rivales, los etruscos y los griegos, enviaron una embajada á felicitar al senado y á depositar en el Capitolio una corona de oro.

Llegado el invierno, los romanos, á solicitud de los habitantes, pusieron guarniciones en las ciudades de Campania. Hemos referido ya la insurrección de aquellos legionarios y sus consecuencias. Cuando se calmó la sedición, el senado que sentía conmovido el Estado y en actitud hostil á los latinos, se apartó de la guerra samnita, pidiendo sólo un año de sueldo y tres meses de víveres para el ejército del cónsul Emilio (341). A este precio abandonó á los samnitas las ciudades de Teano y Capua. Los latinos continuaron las hostilidades por su cuenta, ligados con los volscos, los auruncos, los sidicinos y los campanienses; y cuando los

samnitas fueron á quejarse á Roma, contestaron los senadores, con el rubor en la frente, que no tenían el derecho de impedir á sus aliados hacer la guerra á quien quisieran (1).

II. — LA GUERRA LATINA (340-338).

Desde la primera invasión gala, Roma había encontrado siempre enemigos en el Lacio. Si peligros comunes habían acercado á ella, en 357, muchas ciudades, estas no aceptaban su supremacía con la misma resignación que en los tiempos en que las legiones iban anualmente á defenderlos contra ecuos y volscos. La flaqueza de estos dos pueblos y el alejamiento de los galos hubieron de quitar á los latinos todo temor, y con esto se despertaron sus celos: la alianza de los sidicinos y de los campanienses, á quienes Roma abandonaba á su suerte, vino á aumentar su confianza, y el feliz éxito de la sedición de las cohortes acantonadas en la Campania les hizo creer en el buen resultado de su defección.

Muy luego llegaron á Roma dos pretores latinos, Annio de Setia, y Numisio de Circei, los cuales pidieron lo que los plebeyos acababan de obtener, la igualdad de derechos políticos, es decir que uno de los dos cónsules y la mitad de los senadores se eligieran de entre los latinos. A estas condiciones seguiría siendo Roma la capital del Lacio.

El orgullo nacional se sublevó ante tan audaz proposición. «¿Oyes estas blasfemias, oh Júpiter divino? exclamó Manlio. Y juró dar de puñaladas al primer latino que se sentara en el senado. Annio contestó con palabras ofensivas á Roma y á su Júpiter Capitolino. Pero, dice la tradición, el relámpago brilló, el estampido del trueno conmovió la curia y cuando Annio salió del Capitolio para bajar la escalera de las cien gradas, dió un paso en vago y fué rodando hasta el último escalón, donde quedó exánime. El mismo dios había tomado venganza (2).

La guerra estaba declarada (340). Por la defección de las ciudades latinas, tenía Roma que combatir á hombres habituados á su disciplina, á sus armas, á su táctica. El peligro era inmenso, pero el valor se levantó á la altura del peligro. Eran cónsules á la sazón Manlio, cuya severidad hizo darle el sobrenombre de Imperioso, y Decio Mus, de aquella noble familia plebeya, en que vino á ser hereditaria la abnegación para con la patria. Mientras los cónsules hacían las levas entre los más valientes, fortalecían la disciplina y lo preparaban todo con esa actividad y esos recursos que da un poder centralizado, el senado retenía en su alianza á Ostia, Laurentum, Ardea, el país de los hérnicos y acaso Lanuvio; en la neutralidad á Fondi y Farnia, y en disposiciones favorables á la aristocracia de Campania. Pero el auxilio más importante vino del Samnio, cuyo tratado de paz con Roma fué transformado en una alianza ofensiva.

En los primeros días de la primavera, el ejército romano atravesó sin cosa de ruido el país de los marsos, de los pelignios y de los samnitas, incorporando de camino fuerzas de sus nuevos aliados, á quienes seducía la esperanza del pillaje en las ricas llanuras de la Campania y del Lacio. Mientras el ejército consular llegaba inopinadamente con esta marcha audaz á las cercanías de Capua, otro ejército confiado al pretor Pap. Craso, cubría la ciudad y amenazaba á los latinos que no se habían reunido en Campania con las fuerzas destinadas á invadir el Samnio.

(1) *In federe Latino nihil esse, quo bellare cum quibus ipsi velint prohibeantur* (Tito Livio, VIII, 2).

(2) Tito Livio (VIII, 6) que quiere traer esta leyenda á las condiciones de la historia, no habla más que de una caída que produjo un desvanecimiento.

La batalla se dió al pie del monte Vesubio, cerca de un riachuelo llamado Vesperis, donde se encontraron todos los pueblos de la Italia central: los romanos con los hérnicos y los pueblos sabelienses; los latinos con los oscos que habitaban entre el Numicio y el Silaro. Hubiérase dicho que era una lucha de las dos viejas razas italianas. Antes de la batalla, un tusculano, Geminio Mecio, hubo de retar á un combate singular al hijo del cónsul, á quien reconoció á la cabeza de una masa de caballería. «¿Quieres, le dijo después de algunas bravatas cambiadas por una y otra parte, quieres medir tus armas con las mías? Entonces se verá quién vale más, si un caballero romano ó un latino.» Manlio aceptó el reto y los dos caballeros lanzaron sus caballos al encuentro. Manlio asesta á la cabeza, pero su lanza se desliza sobre el casco del adversario; Mecio, al contrario, procura desarzonar al romano hiriendo su caballo, pero Manlio no pierde los arzones. Al encontrarse por segunda vez, Manlio asesta ahora el golpe al caballo, que se encabrita y da en tierra con el caballero; y antes de que el latino hubiera podido incorporarse, hundió el romano su lanza en la garganta clavándolo en el suelo.

Rodeado de sus soldados y gozoso de tan feliz presagio, fué luego Manlio á ofrecer á su padre los despojos del vencido. Pero había combatido sin orden, y en una guerra donde todo era semejante, las armas, la táctica, la lengua; donde tantos soldados tenían por una y otra parte lazos de familia y de confraternidad militar, se había severamente prohibido por edicto de los cónsules que nadie saliera de las filas ni aun con la seguridad de un golpe de mano afortunado. Se había pues infringido la disciplina: como Bruto, el cónsul olvidó al padre y el joven Manlio fué de capitado. El ejército se dobló bajo aquella mano de hierro.

El día de la batalla el ala izquierda que mandaba Decio hubo de flaquear. El cónsul llama al pontífice máximo, y con la cabeza velada y la lanza á los pies, invoca á Jano, á Marte y á Belona y pronuncia la fórmula sagrada, que por la salvación de las legiones, lo inmolaba á él y al ejército enemigo á los dioses infernales. Después, montado en su caballo de guerra, armado de todas sus armas y ceñido con su toga, como el sacerdote en los sacrificios, se precipita en medio de las filas enemigas, donde muy luego cae traspasado.

Este religioso aparato, esta heroica abnegación de que los dos ejércitos han sido testigos, y la creencia de que la sangre de esta víctima voluntaria ha rescatado la del ejército romano, infunden en el ánimo de las legiones consulares la seguridad de la victoria, como en el de los latinos la certeza de la derrota. Las tres cuartas partes del ejército latino quedaron sobre el campo de batalla y la Campania fué reconquistada de una vez. Una hábil maniobra, hecha por la reserva de Manlio, luego que los latinos, engañados por un ardid de guerra, hubieron empeñado todas sus fuerzas, había decidido la victoria.

Los restos del ejército vencido se reunieron en Vescia, en el país de los auruncos. Numisio llevó allá levas hechas apre-

(3) De una piedra funeraria, con jaula y pájaro para los auspicios. (*Dict. des Ant. grecq. et rom.*, pág. 686.)



Sacerdote de Belona (3)

suradamente; pero otra victoria que abrió el Lacio, vino á romper la liga. Con esto se sometieron muchas ciudades, y el 18 de mayo entraba Manlio en Roma triunfalmente (340).

La guerra no estaba terminada; sin embargo, el senado se dió prisa en imponer penas y conferir recompensas. Capua perdió el país de Falerno, tan famoso por sus vinos; pero mil seiscientos caballeros campanienses que habían permanecido fieles á la causa de Roma, recibieron el derecho de ciudadanía con un sueldo anual de 450 denarios cada uno, impuestos sobre los haberes de los demás habitantes. Eran unas 500,000 pesetas que pagaba el pueblo de Campania anualmente por la traición de su aristocracia. Las ciudades latinas que acababan de someterse fueron también despojadas de una parte de sus tierras, que se repartieron entre los ciudadanos á razón de dos yugadas (*jugera*) por cada uno en el Lacio, y de tres en el país de Falerno.

Entre tanto, habiendo enfermado Manlio, nombró dictador á Craso para acabar la reducción del Lacio. Pero una expedición contra Ancio que no obtuvo resultado, dió nuevo aliento á las ciudades que habían quedado en armas, y una victoria de Publio Filo no desvirtuó el descalabro de su colega en el sitio de Pedum. La república estaba en verdad agitada en aquella época por las turbaciones que trajeron la dictadura y las leyes de Publio; pero era ya el último acto de aquel largo drama. La revolución, victoriosa adentro, lo fué también afuera, y el primer acontecimiento de aquella nueva era fué la entera sumisión del Lacio.

Ancio en la costa, Pedum delante del Alcido, eran los últimos baluartes de la liga, y los cónsules del año 338 se dividieron el ataque de estas dos plazas: Manlio marchó contra la primera, y batió, cerca de Astura, á los latinos de la llanura; Furio tomó la segunda, mal que pesara á todos los latinos de la montaña que hicieron esfuerzos desesperados. Desde entonces cesó la resistencia y todas las ciudades, una tras otra, fueron abriendo sus puertas.

Faltaba ahora decidir la suerte de los vencidos. Era la primera vez que el senado tenía que arreglar tan graves intereses; y lo hizo con tal prudencia que las resoluciones tomadas por él en aquella ocasión aseguraron para siempre la fidelidad de los latinos y fueron invariablemente aplicadas por espacio de tres siglos á todos los países conquistados por la república. En primer lugar se prohibió á los habitantes reunirse en asambleas generales, formar ligas, hacer la guerra, contraer matrimonio y adquirir propiedades inmuebles fuera de su territorio (1). Disuelta así la confederación latina, y no teniendo ya Roma delante más que ciudades pequeñas, condenadas al aislamiento, despertó el senado, con una repartición desigual de los cargos y privilegios, aquellos odios y rivalidades municipales tan ardientes en las ciudades italianas. Las ciudades más inmediatas á Roma quedaron ligadas á su fortuna por la concesión del derecho de ciudadanía y de sufragio. Túsculo tuvo el primero de estos derechos, no el segundo. Lavinio, Aricia, Pedum, Nomento y sin duda Gabio tuvieron los dos, y en 332 se formaron con sus habitantes dos nuevas tribus, *Mecia* y *Scaptia*.

Con Lanuvio estipularon los romanos que tendrían libre entrada sus moradores en el templo de *Juno Sospita*, adonde anualmente fueron los cónsules á ofrecer solemnes sacrificios. En el santuario había una serpiente, criada á mano, que á menudo se representa en las medallas.

Detrás de esta primera línea de ciudades que habían venido á ser romanías y cubrían la capital desde la mar hasta

(1) *Ceteris Latinis populis connubia commerciaque et concilia inter se ademerunt* (Tito Livio, VIII, 14).

los montes de Sabina, Tibur y Preneste (2) conservaron su independencia, pero perdieron parte de su territorio. Priverno las tres cuartas partes, Velitras y Ancio la totalidad. Ancio entregó sus barcos de guerra, cuyas proas fueron á adornar las tribunas del Foro, y le fué prohibido armar otros en lo sucesivo. En Velitras fueron arrasadas las murallas y su senado deportado á la otra parte del Tíber. La importante posición de Sora estaba ocupada por una guarnición romana, de poco tiempo atrás; Ancio, Velitras, Priverno, y algunos años después Anxur ó Terracina y Fregelas, que dominaban los dos caminos del Lacio en la Campania, recibieron sendas colonias.

De este modo, el viejo Lacio estaba guardado por ciudades desde entonces afectas y el país de los volscos por numerosos colonos. Entre los auruncos, Fondi y Formia; en la Campania, Capua, cuya fidelidad garantizaban sus caballeros; la gran ciudad de Cumas, Suesula, Atela y Acerra obtuvieron como estímulo para permanecer en la alianza de Roma, el derecho de ciudadanía sin sufragio, ó como se decía entonces, el derecho de los *Ceritas* (338).

El año siguiente los sidicinos de Teano y de Cales acometieron á los auruncos, que habitaban una montaña volcánica, la Cortinella, cuya más alta cima domina la llanura de Campania á 3,200 pies. Temiendo sin duda allí el hambre, los auruncos abandonaron su nido de águila y se refugiaron en Suesa, que existe todavía (Sessa), á mitad de una colina, por encima de una fértil llanura, cuyas últimas ondulaciones van á morir al mar. El senado que nunca abandonó á un aliado, como tampoco olvidó á un enemigo, se dió prisa en enviar en su auxilio los dos ejércitos consulares y su mejor general, Valerio Corvo. Cales fué tomada y mantenida en respeto por una colonia de 2,500 hombres: Teano solicitó sin duda la paz; á lo menos desde aquella época no se habla de los sidicinos.

Los ausones también desaparecen; los volscos no se nombran ya desde el desastre de Ancio; ni los rútilos dan señales de vida: la mayor parte de los latinos son ciudadanos romanos. Los ecuos, los sabinos, los hérnicos reaparecieron todavía una vez, unos para caer muy luego, vencidos y quebrantados, en la oscuridad de su independencia municipal; otros para ir á perderse en la gran ciudad.

Así se simplifica el estado de la Italia central: á la variedad de las naciones sucede la unidad romana. Desde el bosque Ciminio hasta las márgenes del Volturno domina un solo pueblo. Pero la *malaria* sigue á las legiones. Las ciudades industriales del litoral latino y campaniense perderán con su independencia su actividad. La lucha contra esa naturaleza invasora se calmará, y los puertos van á llenarse, los canales á estrecharse, los ríos á derramarse al azar en aguas indómitas, que bajo un cielo de fuego harán nacer y morir incesantemente innumerables organismos, cuya descomposición exhalará á los aires gérmenes de muerte. En estos despoblados países, fértiles campos vendrán á ser mortíferos desiertos.

La misma Roma tendrá que sufrir también por ello. En 331 una espantosa peste desoló la ciudad: muchos miembros del senado habían ya sucumbido, cuando una esclava fué á declarar á los ediles que las víctimas habían perecido por el veneno. Abrióse una información, y el mismo terror hizo encontrar culpables, como en nuestros días las masas populares los han encontrado, aun en París, cuando el cólera las diezmaba: ciento noventa matronas fueron condenadas.

(2) Los ciudadanos romanos condenados al destierro podían retirarse á estas dos ciudades.

Después de este holocausto ofrecido al terror y á la necesidad, se pensó que tantos crímenes domésticos provenían sin duda de la cólera de los dioses, y para aplacarlos, se nombró un dictador, que con toda la pompa religiosa fuera solemne y gravemente á hincar un clavo sagrado en la pared del templo de Júpiter (1).

Algunos años antes (337) había dado Roma uno de estos lúgubres espectáculos que ya en otro lugar hemos descrito (2). La vestal Minucia, que había despertado sospechas de cierto género por su demasiado esmero ó afectación en sus atavíos, fué acusada de haber violado sus votos. En su virtud recibió de los pontífices la orden de cesar en sus funciones, y al mismo tiempo la prohibición de emancipar á ninguno de sus esclavos, á fin de poder interrogarles por medio de la tortura.

Habiendo sido las deposiciones lo que son siempre en tales casos, afirmativas, la desdichada joven fué condenada á muerte y enterrada viva cerca de la puerta Colina (2). Los sacerdotes, custodios tan vigilantes de la pureza del culto de Vesta, no tenían entrañas, como su diosa de piedra.

II. — SEGUNDA GUERRA SAMNITA (326-312)

Mientras los resultados de la guerra latina daban á la república un territorio de 140 millas del N.E. al S.E. y de 58 del E. al O. (3), un rey de Epiro, tío de Alejandro Magno, y llamado él Alejandro el Moloso, procuraba hacer en Occidente lo que el hijo de Filipo hacía en Oriente. Llamado por los tarentinos, derrotó á los lucanios y á los samnitas cerca de Pestum, por consiguiente á las puertas de Campania, les hizo entregar cien rehenes, que envió al Epiro, y les tomó los brucios, Terina y Siponto. Después de haber vencido, quiso organizar y procuró constituir en Turios una asamblea de los pueblos de la Italia meridional, con la esperanza de gobernar, como los reyes de Macedonia manejaban á su gusto el sínodo de Corinto.

En la guerra latina la alianza de los samnitas había salvado á Roma; pero desde que no había entre los dos aliados un pueblo enemigo, se habían despertado sus celos. Con esto supiéronse en Roma con júbilo las victorias de Alejandro, y habiéndose quejado este príncipe de las piraterías de los ancianos, que á pesar del severo y reciente castigo que habían recibido continuaban infestando el mar, se aprovechó esta ocasión para firmar un tratado con él (332). Algunos años después fué asesinado Alejandro por un lucanio (326), y la dominación que había levantado cayó también con él, sin que Roma sacara otro provecho de esta alianza que indicar á los griegos de aquella región de qué parte debían buscar un apoyo contra los bárbaros que los rodeaban.

Hacia la misma época, poseída otra vez Atenas de afán conquistador, establecía en las costas del Adriático, en un paraje que no se puede determinar, una colonia militar y mercantil á la vez, para proteger su comercio contra los piratas de las ciudades etruscas de Atria y Espina. El decreto de fundación, del que se ha encontrado un fragmento, era digno de aquella ciudad, grande aún en su decadencia. «Queremos, decía, que todos los que naveguen en esa mar, griegos ó bárbaros, estén en seguridad bajo la protección de Atenas.» Italia y Grecia, esas dos mitades del mundo antiguo, mezclaban más y más sus intereses. Dentro de algunos años vendrá un espartano á buscar for-

(1) Tito Livio, VIII, 18.

(2) Tito Livio, VIII, 15.

(3) De Sora á Ancio.

tuna á las costas del Adriático, y Pirro renovará en la península itálica la tentativa de Alejandro el Moloso.

Poco tiempo después del tratado concluído con el rey de Epiro, aseguró el senado la alianza de los galos. Esta liga de los romanos con los bárbaros del Norte de Italia y con un príncipe, que era como el representante de todos los griegos establecidos al Sud de la península, no era sino una amenaza para los pueblos sabelianos. Los dos pueblos se hicieron al principio una guerra sorda que envenenó los odios sin decidir nada. En 331 los samnitas pasaron el Liris y destruyeron á Fregelas. No se dió por ofendido el senado; pero una colonia romana fué á levantar sus arrasados muros. Los samnitas amenazaron á Fabrateria, pero el senado declaró que estaba esta ciudad bajo la protección romana. En 333 hubieron de excitar secretamente á los sidicinos; Roma batió á este pueblo y colonizó á Cales. En 329 sublevaron á los privernates, y un noble de Fondi, Vitruvio Vaco, sin duda á instigación de ellos, hizo entrar en el movimiento á Fondi y á Formia, ciudades que prestaron poca ayuda y se retiraron muy luego de la guerra. Quedando sola Priverno, se sostuvo muchos meses contra dos ejércitos consulares, y Vaco, que se había refugiado allí, fué arrastrado al triunfo de los cónsules y después decapitado: los senadores de la ciudad fueron deportados más allá del Tíber. En cuanto á los demás habitantes se deliberó en el senado sobre su suerte. — «¿Seréis fieles? — preguntó el cónsul á sus diputados. — Sí, — contestaron éstos, — si son buenas vuestras condiciones; donde no, la paz será poco estable.» El senado quiso ganar las voluntades de unos vencidos tan altivos y Priverno tuvo el derecho de ciudadanía sin sufragio; pero sus muros fueron arrasados.

Con esto fracasó el belicoso empeño de los samnitas en Fregelas, Fabrateria, Cales y Priverno, y siendo ya todo romano hasta el Volturno, se dirigieron á la Campania para ver de suscitar enemigos á la república.

Al falso rumor de que la peste desolaba la ciudad y la guerra estaba declarada á los samnitas, los griegos de Palépolis (4) habían atacado á los romanos dispersos en la Campania, y cuando los feciales fueron á pedir justicia, no recibieron más que amenazas ó injurias de sus magistrados, sostenidos por cuatro mil samnitas que habían entrado en la plaza. A las quejas de los romanos sobre esta violación de los tratados, contestaron los samnitas con la exigencia de la evacuación de Fregelas: los diputados proponían someter el asunto á la decisión de un árbitro. — «Que decida la espada, — dijeron los jefes. — Os damos cita en la Campania.»

Una imponente ceremonia religiosa precedió á las hostilidades. Sacados del fondo del santuario donde estaban en pie las estatuas, fueron los dioses recostados en lechos cubiertos de ricos tapices y convidados á un festín que los sacerdotes les sirvieron (*lectisternium*). Los templos estaban abiertos y los caminos poblados de fieles que acudían á contemplar piadosamente al dios, que confundían con su imagen. No habiéndose interpuesto ningún presagio infausto á la celebración de la solemnidad, los divinos huéspedes de Roma parecían aceptar la ofrenda y prometer su asistencia.

La guerra languideció, sin embargo, el primer año (326), bien que el senado se hubiera asegurado del apoyo de los lucanios y de los apulienses para envolver á los samnitas. Arrastrados por los tarentinos, celosos ya del poder romano, los lucanios hubieron de cambiar muy pronto de partido; pero los pueblos laboriosos y traficantes de la Apulia

(4) *Palépolis*, ó la ciudad vieja, colonia de Cumas, en las inmediaciones de Nápoles, *Neapolis*, ó la ciudad nueva.